

UNA DIABLURA

Original

Los espaciosos salones estaban llenos. Al través del maravilloso calado que formaban las paredes de oro nativo se filtraban los rayos rojizos que, al quebrarse en las aristas de millones de brillantes, rubíes, amatistas, esmeraldas y zafiros, producían los más fantásticos y extraños efectos de luz.

El tufillo de azufre se perdía entre los aromas embriagadores de los pebeteros de diabólicas formas que aturdían a los concurrentes.

La recepción era realmente soberbia. Todas las clases sociales estaban representadas en la reunión. Luzbel podía estar satisfecho. Había allí hermosuras celebradísimas, magnates poderosos, guerreros ilustres, habilísimos políticos, notabilidades de la curia y de la banca, príncipes de la arteria, bandidos famosos, ladrones de superior ingenio y, escurriéndose entre tanto esplendor, asesinos vulgares, intrigantes de menor cuantía, celestinas humildes, calumniadores y embusteros del montón y ladronzuelos del arroyo, los que se pasan la vida temiendo cárceles y persecuciones y los que las sufren, los que están minados por las torturas morales y los que están envenenados por persecuciones y tormentos materiales, los que conciben maldades en el bullicio de fiestas palaciegas, los que las meditan en la soledad del estrecho calabozo; toda esa masa de perversidades acosada por innúmeros dolores, por constantes inquietudes, por sobresaltos infinitos, ya disimulados entre el incienso y el oropel, ya posados ante los ojos de la muchedumbre en toda

su desnudez.

Satanás había gozado con las lamentaciones de muchísimos de aquellos infelices. Habían desfilado, entre otros, por el salón del trono, un desventurado millonario, que, después de haber convertido en onzas de oro las lágrimas de millares de infelices a costa de privaciones, cálculos y preocupaciones sin cuento durante toda su vida, se había pasado la vejez atormentado por una gota insoportable, y a última hora se le había fugado el cajero con sus onzas, en compañía de una bailarina de sin igual belleza; el cajero que a los dos años de escaparse, se encontró solo en un país extranjero, sin poder volver al suyo, donde dejara en la miseria a su mujer y a sus hijos, abandonado por su compañera de fuga, la cual, después de haberle arruinado, se separó de él para seguir a un príncipe calavera; la bailarina que una noche dejó a su madre para ir en busca de las tempestades de entusiasmo que su belleza levantaba en el público y luego al público y los aplausos por el cajero y al cajero por el príncipe, para empezar a tener juicio cuando, extinguidos sus encantos, se halló vieja, fea y pobre, con el desdén del soberano y el desprecio de los mismos cortesanos que un día la llevaran en palmas; el príncipe destronado ya por su pueblo, que nada tenía que reprocharle, fuera de sus vicios y escándalos, porque la gobernación del país la dejó siempre en manos de su primer ministro para complacer en algo a la reina y evitar una ruptura que le hubiese privado antes del trono en que le sostenía un tío de ésta, poderoso emperador de un país fronterizo

del suyo; el primer ministro, pobre infeliz, que, para sostenerse en aquella elevadísima posición, había pasado por todas las bajas imaginables y por todas las humillaciones concebidas y, en fin, otra porción de gentes cuyos sufrimientos llenaban a S. M. el Diablo de satisfacción, porque era el homenaje que le rendían por los beneficios recibidos.

El Demonio agitaba por debajo de la púrpura su cola azotándose con ella las piernas mientras la recepción duraba. Para ponerle fin, cuando hubo oído bastante hizo un movimiento con el pie, y la turba de condenados fue a parar a los infiernos bajos que estaban en los sótanos del palacio de Luzbel.

Sentíase el Diablo un poco aburrido, en fuerza de oír siempre las mismas cosas. Luego, todos aquellos bribones eran tan ignorantes en el fondo! En todas sus picardías había habilidad, a veces hasta ingenio, verdadero ingenio, si se quiere, y Satanás lo reconocía; pero faltaba algo. Y el rey de los infiernos, atormentado por lo imperfecto y deficiente de su obra, buscaba algo nuevo.

Al fin, se le ocurrió una idea. En el infierno faltaban sabios. ¿Podría obtenerlos?

—En último caso,—pensó,—si no tengo verdaderos sabios, al menos tendré eruditos, y siempre será una clase de imbéciles más distraída y amena que la de los necios ordinarios.

Y, pensando esto, zambullóse en el aire, y tomando el aspecto de un venerable anciano vino a este mundo.

Llegó a una ciudad y se hospedó en un hotel. Informóse

allí del lugar en que estaba la Universidad, y a ella encaminó sus pasos. Una vez en la puerta, se detuvo. ¿Qué iba a hacer allí? ¿A quién iba a dirigirse? ¿De qué medios se valdría para realizar sus propósitos? Solo Dios y él lo sabían.

Los muchachos esperaban impacientes las horas de sus clases hablando alegres y contentos de sus estudios y de sus distracciones, sin ocuparse ninguno del Diablo para nada. Los profesores, apenas llegaban, eran materialmente asaltados por los jóvenes. Maestros y discípulos se movían en pelotones. Unos se dirigían al jardín en busca de la planta en estudio; otros al observatorio para enterarse de los trabajos hechos la noche anterior por el compañero de turno sobre la constelación tal o el planeta cual; otros seguían tras el que llevaba en la mano el rollo de telegramas que daban noticias de las discusiones habidas en las Cortes de un país vecino, donde se realizaba una importante reforma en la Constitución del Estado, y de aquí para allá movíanse todos, reunidos los grupos por un interés común, y por una común aspiración y una misma sana y hermosa curiosidad.

Cuando se encontraban dos estudiantes de distinto grupo se cruzaban entre ellos, al pasar, preguntas y respuestas como las siguientes:

—¿Qué haces?

—Estudio el saco de los Marsupiales. ¡Chico, un mundo! ¿Y

tú?

—Yo la organización económica de New Finlandia. ¡Una maravilla!

—Adiós, Arturo, ¿qué llevas ahí? ¿Qué has sacado de aquel pedrusco?

—La certidumbre de que se trata de una inscripción fenicia. Mira estas fotografías. ¡Por fin, chico!

Y así de continuo.

Satanás, fastidiado y aburrido, en vista de que no le hacían caso, resolvió presentarse al rector, tomando el nombre de un sabio extranjero, a quien nadie allí conocía personalmente. Gracias a esta artimaña, consiguió deslumbrar al buen señor, que se hallaba al frente del establecimiento, e inducirle a que reuniese el claustro de profesores.

Una vez entre ellos, Satanás les dirigió las siguientes preguntas:

—Mis queridos colegas. Decidme; ¿cuál es vuestra vida aquí? ¿Qué hacéis en este recinto con tantos jóvenes como a él acuden?

Al oírle, todos se miraron sorprendidos. ¿Era admisible que el venerable sabio no supiese lo que preguntaba? Pero como el extranjero era una eminencia, supusieron que aquello debía tener una interpretación muy profunda y ocultar algún propósito elevadísimo. Pensándolo así, el rector, en nombre de todos, respondió:

—Querido profesor. Aquí, como en la Universidad de Muchingagen, de que sois digna lumbrera, nos reunimos a investigar

en compañía de estos jóvenes, los problemas que atañen a las diversas ciencias, orientándolos en el camino que intentan recorrer.

Pero,—dijo el Demonio, estirándose los puños, —nosotros en Muchingagen hemos pensado que, dadas las cosas del mundo, es preciso exteriorizar bien nuestra obra a fin de que nuestros discípulos, al salir de la Universidad, no se confundan con el necio vulgo.

—Muy justa y racional parece la cosa, —observó uno de los profesores.

—Pues bien, —prosiguió el Diablo. —Pensamos establecer, con ese objeto, unos diplomas o títulos....

—Algo de eso hacemos aquí, —interrumpió el rector. Cuando algunos de nuestros discípulos terminan sus estudios, le damos una certificación del número de años que ha pasado con nosotros y de la índole de trabajos que ha realizado.

Satanás se retorció el bigote blanco, se pasó la mano por la barba y dijo:

—Pero, siendo muchos los alumnos, ¿pueden ustedes tener la seguridad completa de lo que certifican?

Los profesores se miraron unos a otros, empezando a sospechar que asomaba ya la trascendencia de la cuestión.

—Señor, —replicó el rector, —expedimos pocos certificados. Aunque los alumnos son muchos su número es proporcionado al de profesores y cuando salen de esta casa, exponen ellos sus

ideas, dan a conocer sus trabajos, y las gentes los aprecian por su valer.

Satanás se puso pálido al oír aquello. Pero no por esto desistió de sus propósitos. El lazo estaba tendido; y como tenía el convencimiento de que después de Dios no había quien pudiese con él, prosiguió impertérrito:

—¡Ah! ¡Mis queridos comprofesores! Entonces se dará el caso de que las gentes idiotas sean las llamadas a juzgar a vuestros alumnos y no pocas veces el verdadero mérito se verá postergado por el charlatanismo.

Luzbel había puesto el dedo en la llaga. Los profesores, ante esta observación, convinieron en la absoluta necesidad de los títulos.

No era esto de los títulos más que una estratagema del Diablo; porque una vez puesta así la cuestión, se presentó el problema de cómo se haría para otorgar los diplomas, y el Demonio inventó lo siguiente:

Propuso al claustro que dos veces al año, por lo menos, se reunieran en tribunales compuestos de tres de los catedráticos. Estos, durante el curso, se mantendrían lo más alejados que les fuese posible de aquellos a quienes habían de juzgar, a fin de evitar familiaridades que redundarían en menoscabo de la dignidad del profesor (solo al diablo se le hubiera podido ocurrir semejante cosa), y al mismo tiempo evitar también las simpatías y afecciones que el trato constante engendra y que podría hacer sospechosa su imparcialidad de jueces a los ojos de la multitud.

Cada aspirante a un título debería responder ante el tribunal a tres preguntas, sacadas al azar, de cada una de las ramitas, de cada una de las facultades que explicaba cada uno de ellos. Se le otorgarían al estudiante calificativos más o menos sonoros, según resultaran sus méritos en aquel solemne momento, y, hecho esto unas veinte veces con cada alumno, se le expediría el título después de un nuevo recorrido general verificado en un nuevo examen.

Cuando Satanás se hubo salido con la suya, abandonó la ciudad con aire triunfal.

Desde entonces ni un solo estudiante se ocupó de averiguar qué era la Justicia, ni qué era la enfermedad ni qué era ninguna de aquellas otras cosas que iban antes a la Universidad a tratar de saber, sino que, acosados por la idea de los exámenes (el que menos, tenía que sufrir de tres a cinco cada nueve meses), de lo único que se ocupaban era de prepararse para responder al programa en el momento crítico.

Cuando se encontraban a fin de curso dos muchachos, se preguntaban: "—¿Qué materias has estudiado este año?", sino: "—¿Cuántas asignaturas has aprobado? ¿Qué notas te dieron?"

Y así veían con dolor los hombres que se consagraban seriamente al estudio como se agotaba el amor a la ciencia y como el charlatanismo y la pedantería tejían su nido bajo el techo de la augusta casa. Y llegaron a mirar con terror casi, lo que antes consideraban como una bendición.

Por eso Luzbel, sonriéndose al alejarse de la ciudad que se

perdía tras una colina, después de tirar su disfraz, sacudió su melena de oro, y, haciendo una mueca al cielo, exclamó con satírica soberbia:

--¡Padre Eterno: inventa otra cosa, porque tú diste a los hombres la Universidad: pero yo les he revelado los exámenes.

F. Degetau y González